El presente texto reflexiona sobre la soledad del educador, de aquel que vuelca su saber ante auditorios inexpresivos, y nos invita a romper este círculo de soledad para ir hacia el encuentro con los otros, hacia el trabajo compartido, donde radica la clave de la verdadera transformación.

MÁS ALLÁ DE LA SOLEDAD DEL EDUCADOR [1]

El cuadro es así: un ser humano enfrentado a un grupo, hablando y exhibiendo conocimientos, volcando en los demás su saber.

Una primera lectura convierte a ese singular personaje en un ejemplo del poder: sólo su palabra cuenta, sólo su mirada, sus gestos; toca al resto asimilar sin posibilidad alguna de intervenir.

Pero cabe otra lectura: el hablador, el único capaz de decir algo y de forzar a los demás a repetirlo, está solo. No hay soledad más terrible que la de un ser enfrentado a un auditorio silencioso, condenado a decir sin saber cómo lo dicho llega al otro, qué caminos sigue en sus modos de percibir, de comprender y de soñar.

Siempre me ha afectado, enternecido, dolido, la soledad del educador. Porque se está muy solo cuando al propio discurso no le responde ni siquiera un eco, como si se empecinara uno en gritar ante gargantas mudas de las montañas. Estás muy solo cuando te toca correr de un lado a otro de la ciudad para completar 40 o 50 horas de trabajo, durante las cuales desfilan rostros, miradas, risas, como en un vértigo de espejos multiplicados, que dejan apenas imágenes fugaces y superficies frías. Estás muy sólo cuando te predican sobre el apostolado de una labor volcada a formar generaciones futuras y de repente te dan ganas de gritar ¿y yo?, ¿y mis espacios, mis días, mi permanencia siquiera entre un puñado de seres con los cuales pueda seguir a través al menos de algunos retazos de tiempo?

La soledad puede minar cualquier ánimo, cualquier temple, cualquier entusiasmo. Y si no que lo digan las clases plenas de lugares comunes, las rutinas exangües, la voz monocorde, los gestos cansados, el brillo de la alegría apagado en la mirada. Se ha criticado a menudo al educador por todo esto. Comprendo ahora que se trata de un efecto, la causa está en esa condición terrible de la soledad, ligada a su vez a otros condicionamientos por todos conocidos.

Comprendo también que la entropía asecha a los solitarios, a estos solitarios condenados a serlo ante los otros. Comprendo que no hay soledad sobre la tierra capaz de sostenerse de manera indefinida. Comprendo, en fin, todos los gestos, los impulsos a salirse de esa brutal condición para acercarse a los demás, para romper con tanta distancia. Nuestra educación no cambiará sólo por las

transformaciones de un país o por las demandas de los economistas, cambiará desde la base, desde la ruptura del círculo de la soledad hacia el encuentro, el trabajo compartido, la posibilidad de sentirte, ser, reírte con el otro.

Intento, desde estas iniciales reflexiones, comprender lo vivido durante el curso por un grupo tan heterogéneo y tan lleno de personalidades diferentes. María Teresa ha rescatado el proceso del cual fue testigo; la memoria, la verdadera, se escribe siempre con testigos.

Desde los pocos momentos que hemos compartido, me atrevo a explicar tanto entusiasmo, tanto anhelo de comunicarse, tanta gana de no perder este espacio de encuentro, desde la soledad que cada uno de ustedes vino arrastrando el primer día, aquel 17 de septiembre. Sólo seres muy solitarios, empecinados en negarse al asecho de la entropía, pueden construir en tan poco tiempo un grupo como el de hoy.

Bienvenida la soledad, entonces, si nos permite volcarnos a tanta alegría de construir y de convivir. Y bienvenidos los grupos como el de ustedes, que nos permiten soñar con una universidad distinta, capaz de enfrentar hoy la maldición de las instituciones educativas condenadas a 100 años de soledad sobre la tierra.

Daniel Prieto Castillo

[1] Palabras pronunciadas en el curso Interuniversitario de Docencia Superior en la Sesión de clausura, el 18 de Diciembre de 1993.